

Una aproximación a la imagen cultural de España a través de sus tópicos históricos y literarios más significativos

Gema CANO JIMÉNEZ

Universidad Carlos III de Madrid
gcano@hum.uc3m.es

Recibido: 20 de Diciembre de 2008

Aceptado: 2 de Febrero de 2009

RESUMEN

El breve trabajo que aquí presento es un pequeño resumen perteneciente a un estudio mayor en el que analizo los clichés culturales sobre España desde tres puntos de vista: el primero, el generado por nosotros mismos a través de nuestros patrones culturales (literatura, cine), el segundo, los generados por los demás, especialmente por la literatura y periodismo foráneo. En una última parte, finalmente analizo si nuestras políticas culturales actuales responden a un afán por superar estos tópicos, si por el contrario los reproducen, o si en una tercera vía están construyendo otros nuevos como el de nuestra modernidad y europeización.

Así que como es evidente por la extensión requerida en esta publicación, el siguiente trabajo es un pequeño resumen de la primera parte arriba enunciada: una breve aproximación a la imagen cultural de España a través de la construcción literaria e histórica realizada por nosotros mismos y los extranjeros.

Palabras clave: Imagen cultural, España, Tópicos literarios, históricos

An approach to the cultural image of Spain through its most significant historical and literary clichés

ABSTRACT

This short work, which is introduced here, belongs to a bigger study where I analyse the cultural clichés about Spain from three points of view: the first, the one generated by ourselves. The second, the commonplaces generated from outside, specially from foreign literature and journalism. Finally, in the last part, I analyse if the present cultural policies try to overcome these clichés, or if on the contrary, they reproduce them, or if in a third way, these policies are building new ones such as our modernization.

The following essay is a brief summary of the first aforementioned part: an approach to the cultural image of Spain through the historical and literary construction written by ourselves and foreigners.

Key words: Cultural Image, Spain, Literary historical clichés

SUMARIO 1. La imagen exterior de España: ¿nos ven o nos vemos?. 1.1. Los estereotipos a través de la literatura española. Una parte del espejo. 1.2. La otra visión del espejo: nosotros vistos por los demás. 1.3. A modo de breve conclusión. 2. Bibliografía

1. LA IMAGEN EXTERIOR DE ESPAÑA: ¿NOS VEN O NOS VEMOS?

Quizás uno de los aspectos que más tinta española y foránea ha hecho correr dentro de la historiografía, ha sido el celeberrimo debate sobre qué es lo que somos y cómo nos ven. Y en este recorrido hay sin lugar a dudas una serie de lugares comunes, con el que nos han identificado y por ende en muchas ocasiones nos hemos identificado ¿Dónde empieza el estereotipo, y dónde comienza nuestra realidad? ¿Tenemos de verdad algo en nuestra idiosincrasia de esos clichés? ¿Los hemos aceptado? ¿O somos realidades completamente ajenas a ellas?

Es probable que la única forma de descubrir esos interrogantes sea analizando dichos patrones y tópicos, y reconociendo cuánto hay en ellos de construcción cultural.

No podemos distinguir una sola imagen de España en el extranjero. Varía según la época y desde luego según el país que nos observa. Nuestra postrera imagen de imperio conquistador responde al mundo anglosajón, mientras que la imagen de la España romántica correspondería a la mistificación realizada por el mundo germánico a través de los mitos de Carmen, la Alhambra y la labor literaria de los hermanos Schlegel.

Encuentro que los estereotipos sobre España pueden dividirse en dos realidades distintas: una la forjada desde el exterior y otra la que nosotros mismos hemos construido. Es más cuánto debe la primera de las realidades a la segunda, es decir lo que nosotros mismos hemos decidido transmitir. Voy a centrarme, pues me parece capital esta idea, precisamente en este segundo aserto: Nuestra propia construcción cultural, aquella que consciente o inconscientemente hemos transmitido.

En ella también advierto que se puede distinguir dos diferenciaciones. Una que podríamos denominar vida, o si lo prefieren atendiendo a la categorización histórica: de vida cotidiana. Es decir, como nosotros cultivamos desde nuestro día a día nuestros tópicos. Cuántas veces hemos justificado alguno de lo que consideramos defectos nacionales amparándonos en un máximas montesquianas. "El clima nos hace así". Y lo que es más interesante cómo esa pervivencia diaria llega a ser fomentada por los poderes públicos. Algunos ejemplos verificarían esta impresión. ¿Cómo entender si no la resistencia popular e institucional a suprimir los toros de Osborne de nuestras carreteras? Hay que entender tal pervivencia como mera nostalgia, o porque queremos que un europeo que cruce en coche los Pirineos encuentre al astado como primera visión de nuestra geografía ¿Cómo entender si no las continuadas campañas publicitarias basadas en nuestro perenne sol y que culminaría con el hastiado y manido *Spain is different*?

Pretendo responder y ahondar a estas preguntas en las páginas siguientes, pero ahora siguiendo con los estereotipos construidos por nosotros mismos me gustaría detenerme en la segunda de las diferenciaciones de las que hablaba más arriba. Si las primeras eran elaboradas por nosotros mismos en lo que llamaríamos cotidianidad. Las segundas me parecen incluso más interesantes. Me estoy refiriendo a aquellas transmitidas en nuestra tradición cultural. La ingentísima bibliografía a este respecto indica que no es cuestión baladí. Echando un vistazo a este riquísimo estado de la cuestión, advertimos que la mayor parte de los autores consultados Benassar, Kamen¹, etc, en sus análisis sobre la imagen de España arrancan siempre

del término Decadencia. Es decir, parece una obviedad pero es muy interesante comprobar como cualquier estudio historiográfico sobre el cómo nos ven arranca de este concepto. Por lo tanto, quiere decir que el estudio histórico sobre la construcción de nuestros tópicos arranca con uno que no puede ser más negativo, y que no es ni más ni menos que unir la visión del devenir histórico español a un término peyorativo. Es más, no es sólo una aportación para los ojos extranjeros, si analizamos la prensa contemporánea de los últimos cinco años observaremos que numerosos editoriales y columnas de opinión de periódicos de tirada nacional han abordado una y otra vez el asunto de la unidad de España y nuestra supuesta identidad, que en muchos casos ha sido vinculada como en épocas pretéritas a nuestro secular retraso y decadencia. En alguna ocasión leer artículos de la prensa española de los últimos años ha sido como retrotraernos a un lector de *El Imparcial* o *La Época* de principios de siglo. No es motivo de este estudio desentrañar si esa decadencia es cierta o no. Los propios contemporáneos del término nos legaron sus aportaciones, fue el caso de los arbitristas Cellorigo, Barrientos, etc, y de la propia literatura del momento. Pensemos en el inmortal Quevedo o Cervantes.

Es por lo tanto, un asunto de sobra estudiado por la historiografía, no ya actualmente, sino desde los últimos cincuenta años. Los clásicos estudios desde la Historia económica protagonizados por Nadal y Tortella² fueron un hito al poner la economía española, y por tanto uno de los pilares de la supuesta decadencia, en relación con las economías de su entorno. Álvarez Junco³ ha incidido en la construcción cultural, esto es, cómo según las épocas los distintos políticos e intelectuales enmarcaban el origen del celeberrimo atraso en distintas épocas históricas. Más tajante es la aportación de García de Cortázar⁴ quien la define como una construcción artificiosa y falsa que aprovecharon a su juicio los nacionalismos periféricos.

No es por tanto, objeto de este trabajo desentrañar el origen de los estereotipos, ni la evolución de los mismos, insisto en los magníficos trabajos al respecto, sino analizar cómo la labor de los intelectuales, la literatura, y otras fuerzas culturales han sido las catalizadoras de esos clichés cultivados hasta la saciedad por nosotros mismos. ¿Llegan hasta hoy día esos clichés?, ¿los rechazamos?, y esa es la base de todas nuestras actuaciones institucionales o por el contrario los alimentamos. Santos Juliá en su espléndido libro *Historia de las dos Españas*⁵, abrió este camino. En su exhaustivo análisis sobre los intelectuales finiseculares puso los cimientos de esta perspectiva. Hasta que punto el panorama intelectual finisecular y una visión derrotista descontextualizada del orden internacional y económico, heredaron y posteriormente recrearon una imagen de patria enferma, una mater dolorosa que necesitaría vigorosos salvadores en el siglo XX. Y hasta que punto también las discusiones de tertulia y de salón, y las divisiones idóneas para los libros de texto entre Escoriales y Espadañas, arraigados y desarraigados, no hicieron más que esconder la falta de compromiso y reforzar las bases intelectuales que sostuvieron al franquismo.

1.1 LOS ESTEREOTIPOS A TRAVÉS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. UNA PARTE DEL ESPEJO.

Por todo ello, me propongo dedicar unas líneas a los tópicos generados por nuestra literatura, fascinante, realista, ingeniosa y didáctica, pero también lapidaria, ideologizada y extremista. (¿Nuevamente como nosotros mismos?). Una imagen la de la literatura de la que es difícil establecer el principio y el fin, ¿nuestros poetas y narradores nos reflejan exactamente?, ¿recrean las taras que nosotros mismos percibimos? Nuestros patrones culturales son los que pusieron los cimientos para la visión distorsionada de viajeros e intelectuales foráneos.

No hay que ser un gran investigador literario para advertir que los mayores símbolos literarios de nuestra época áurea están caracterizados por lo que llamaríamos el antiheroísmo. Los mayores personajes de nuestras letras son una vieja alcahueta, putañera y voyerista, pero conocedora de las miserias humanas como pocas, un pobre huérfano castigado por distintos amos, (símbolos de lo más despreciable y genuino de los paradigmas sociales del XVI: la Iglesia, la falsa hidalguía, la avaricia simbolizada en un ciego que debiera dar pena, y que al final de su vida logra “llegar a buen puerto” soportando cornamenta a cambio de una vida plácida, reencarnándose así en lo más odioso para el español de pro y capa y espada: el cornudo consentido); y por supuesto un gran loco egregio, un visionario que confunde realidad y fantasía, que parece más cuerdo cuando fantasea y que muere precisamente cuando recupera el juicio: el genial Quijote, y por último como no, una de nuestras grandes aportaciones a la tipología de idiosincrasia universal: el donjuanismo. Un ser amoral, sin escrúpulos, pendenciero, seductor de vírgenes enclaustradas, que a diferencia del pagano Casanova y el barroco burlador, el buen criterio católico decimonónico acaba trayéndolo desde la ultratumba y redimiéndolo por amor, y al que la moderna psiquiatría acabó por hacerlo inmortal al definirlo como un patrón de conducta.

Volviendo si me lo permiten hacia atrás, y retomando una vez más a uno de nuestros célebres personajes anteriormente aludido: El lazarrillo, conviene traer a colación el magnífico debate filológico e histórico que suscitó entre estudiosos la figura del Pícaro. Maravall⁶, Puértolas y Parker se adentraron de forma exhaustiva a analizar el origen de tal fenómeno, desentrañando si tal aparición social era genuinamente hispana, o si podríamos encontrar figuras semejantes en otras literaturas. Parker fue quizás el más contundente al no vincularlo con lo estrictamente hispánico, para lo cual aporta jugosos ejemplos extraídos de los bajos fondos londinenses retratados en la época de Marlowe o Webster, el llamado Elizabethan Underworld. El mismo recorrido lo realiza en la literatura alemana centrándose en el personaje del Simplicísimus. Aunque bien es cierto, que desde la aparición de la Celestina y el Lazarrillo la literatura española multiplica este tipo de personaje con mayor o menor fortuna mezclando rasgos de ambos personajes. Así trazando un arco “picaresco” entre la aparición de El Lazarrillo y El pícaro Guzmán de Alfarache, encontramos toda una galería de celestinillas y picaros como *La pícara Justina*, el Estebanillo González, y la postrer Lozana andaluza. Así que si bien es

discutible nuestra exclusividad en la posesión de tales figuras, no es menos cierto que nuestra literatura está poblada de ellos y han sido cultivados con cierta profusión.

Sin exagerar las cifras lectoras tanto en España como en Europa, es evidente que el público culto, el lector europeo, y más aun la tradición literaria que nutre a los grandes escritores europeos que forjan gran parte de la mitología española en la primera mitad del XIX, conocían este imprescindible por irrepetible y magnífico legado español, y lo interpretaron a su modo, como interpretarían después los brigadistas y los autores de la Generación Perdida la Guerra Civil, desde el cliché, desde el desconocimiento profundo del país, de sus miserias y grandezas, de su historia, de los giros ambiguos y caprichosos de nuestro propio idioma. Pero no quiero adelantarme, nuestro inigualable Siglo de Oro continuó en gran medida cultivando este espíritu de “anormalidad”. Nuestro insigne siglo coincide en el tiempo con el Neoclasicismo francés y las encorsetadas obras de Racine, Corneille y Moliere con sus interminables moralejas. Bien es cierto, que en las obras de Shakespeare hay hijas malvadas que abandonan a sus padres viejos y enfermos, y le arrancan los ojos a un anciano desvalido, hermanos que se matan entre sí, celos patológicos, cuerdos que pasan por locos, magnicidios cuya sangre “ni el más denso de los perfumes de Arabia pueden camuflar”⁷, encantamientos en remotos parajes, pero la crítica ha convenido en que quizás por su localización en tiempos anacrónicos, sus localizaciones mitológicas y el hecho de tratar pasiones eternas, elevan al teatro del inglés a la categoría de Universal. Mientras que tradicionalmente y frente a él se ha situado injustamente nuestras lopescas pasiones, más localizadas e identificables en nosotros mismos, representadas en ese pueblo que se toma la justicia por su mano y actúa como una sola alma, en lo criados pícaros que hablan con el público de espaldas a su amo y no le duelen prendas en engañarlo con la complicidad de nosotros mismos, y como no la condena a los adúlteros con la severa aquiescencia entre el autor y su público. Todo ello prueba inequívoca de nuestra fiera, olvidando injustamente otros aspectos universales de nuestro teatro como el eterno debate metafísico del libre albedrío aportado por Calderón. Así que no es de extrañar que nuestra versión ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII viera con recelo la literatura de capa y espada culminando con la prohibición de los autos sacramentales en 1765. El nuevo hombre de las luces admirador del raciocinio y los modelos franceses no podían ver con buenos ojos las arrebatadas pasiones y el artificio barroco, por más que nuestra Ilustración fuera tan sui generis y conservadora, como para tener de máximo representante a un fraile benedictino y el siglo acabase con el famoso cordón de Floridablanca para proteger al país de las ideas revolucionarias. Aún así podemos trazar en este momento un eje literario en el que empezaría a fraguarse el archiconocido tema de la Decadencia de España, o si lo prefieren España como problema. Podemos empezar trazando este arco con la publicación de las *Cartas Marruecas* de Cadalso, continuarlo con los artículos sociales de Larra, bajando por Galdós y sus *Novelas Contemporáneas* y por supuesto los *Episodios Nacionales*, para llegar al cenit con la Generación del 98’ y los herederos de principios de siglo, los llamados Novecentistas o Generación del 14.

Vayamos por partes, comenzando por Cadalso, de todos es sabido que su obra remeda a lo español las *Cartas persas* de Montesquieu. La fórmula epistolar donde dos personajes departen sobre la situación de un país, emulando los consejos de un docto sabio a un interlocutor extranjero, resultaba un medio idóneo para confrontar los dos mundos que a finales del XVIII se contraponían y del que uno emergía con gran fuerza seductora a ojos de la vieja Europa. Me estoy refiriendo al orientalismo, exótico, atractivo, los lejanos parajes que descubrieron novelas como *Robinson* de Defoe, y todos los lugares mágicos de las viejas fábulas orientales que la disolución del Imperio Otomano dejó al descubierto. Ese diálogo, entre un occidental y un discípulo oriental, como no podía ser de otra manera, representaba un esfuerzo didáctico por confrontar dos mundos. No sin cierto paternalismo y nostalgia el occidental recrea los problemas del Viejo Mundo, ahora bien, mientras que en el autor francés este mensaje es más global, o universal, si quieren llamarlo, de tal forma que podría encuadrarse a cualquier sociedad europea no solo la francesa, la relación con lo hispánico en Cadalso resulta incuestionable. En las Cartas de Cadalso se condensan todos los problemas que un siglo más tarde repetirían los regeneracionistas: nuestra falta de educación personal y académica, nuestro retraso endémico, nuestra nobleza haragana y parasitaria.

Siguiendo con el arco trazado, el siguiente hito lo he marcado como representativo en los *Artículos* de Larra, (por supuesto entre las Cartas de Cadalso y los Artículos podemos citar otros autores que abordan bajo el estigma de la época nuestro "atraso", sería el caso de Moratín hijo y por supuesto de las obras ensayísticas de Jovellanos), si me detengo en Larra es porque quizás por su origen afrancesado, su temprana muerte y su digamos "joven realismo" a la hora de analizar distintas taras sociales que él reconoce como hispanas, hicieron que toda la generación de realistas posteriores se sintieran en cierta medida herederos de su irónica pluma. Curiosamente junto al tópico de la España desorganizada, hiperburocrática ("Vuelva usted mañana"), la España cicatera y palurda ("El castellano viejo"), se está exportando paralelamente el cliché de lo exótico y el casticismo, fomentado por nosotros mismos a través de autores como Serafín Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, y de publicaciones como los *Españoles pintados por sí mismos*.

Decía en las líneas precedentes que los realistas señeros se sintieron en cierta deuda con Larra, y como más señero, por supuesto Galdós.

Aquí, en la obra galdosiana, empieza a fraguarse lo que ya empezaba a apuntarse a fines del XVIII. De todos es sabido, los claros símbolos históricos que encierran las obras del escritor canario, algunas evidentes como las aparecidas en *Fortunata y Jacinta*, sobre los vaivenes amorosos de Juanito Santa Cruz con Jacinta y su amante. El autor habla de "Restauración vencedora" cuando el Delfín vuelve con su mujer, y "Revolución triunfante" cuando el mismo retoma la relación con su amante. Estos son simbolismos políticos e históricos evidentes, pero hay otros más soterrados que la crítica galdosiana ha señalado actualmente: la traición de la Unión Liberal a la Gloriosa simbolizada en el adulterio de Rosalía

Bringas, o el mito de la España con honra encarnada en una chica alegre como la Villaescusa en un juego de evidente paradoja.

Sintetizando los tres vértices del problema español éstos serían a juicio del inmortal escritor canario: la incursión militar en la vida civil, la España reaccionaria reflejada en el decimonónico enfrentamiento entre la España clerical y anticlerical, y en tercer lugar como vértice más concreto y compartido: la inestabilidad parlamentaria, los caprichos de la reina Isabel, el atraso científico, componentes todo ello de lo que el considera el retraso secular español. Podemos conferir que en realidad la obra de nuestro realista por excelencia, es fundamentalmente eso: la indagación sobre lo que ya a mediados del XIX se percibe como una anormalidad. Es un lugar común dentro de la historia literaria comparar y situar la obra de Galdós como heredera del gran realista francés Balzac. No es éste el lugar para realizar una comparativa entre ambas obras, pero sin hacerlo, sí podemos establecer desde el punto de vista histórico algunas consideraciones interesantes. No encontramos en la obra del francés un deseo tan palpable de encontrar la esencia de Francia y mucho menos las raíces de sus males, que aun suponiendo no fuesen tan evidentes como los españoles, no los creemos inexistentes. Cuando Balzac habla de la aparente sociedad parisina, el pacato provincianismo, los matrimonios interesados, etc, no parece que tal crítica vaya encaminada a desvelar las taras de toda una nación, ni siquiera el origen de sus males, sino más bien a describir como en un gran retablo la galería de seres humanos y caracteres que este *bont vivant*, amante de las mujeres y el café, y preso de las deudas y de sus propias ínfulas, experimentó en sus orondas carnes. Suponemos al mismo tiempo que cuando Flaubert nos cuenta el aburrimiento de una joven casada con un médico de provincias, o Sthendal la falta de escrúpulos de los Sorel, o Zolá nos describe la soledad en la que la ingenua Naná muere infectada por la viruela, nos están recreando una realidad circundante probablemente tan conocida por los autores como lo fue el ciego Almudena para Galdós, pero nos cuesta identificar estos caracteres con una identidad nacional o unas taras propiamente galas. Cabría inferir por tanto que Galdós es heredero de esa tradición arbitrista que iniciada en el XVII mira los muros desgastados de la patria mía hasta bien entrado el siglo XX.

Y por fin llegamos al culmen de toda la iconografía intelectual sobre los males de la patria y sus orígenes: la Generación del 98', la respuesta española a la crisis europea finisecular, al siempre conflictivo cruce de siglos, que en Europa generó la explosión de las vanguardias y el rechazo a la racionalidad, se centró en España, una vez más en la cuestión española, pero ésta vez con un protagonismo e intensidad cuasi único. La imagen de la patria enferma, desvencijada, engalanada con jirones y harapos únicos vestigios de antiguos oropeles, se consolida plenamente encabezada por una Castilla yerma y mustia. Paralelamente a esta imagen visible no sólo en la literatura, basta con echar un vistazo a las iconografías de la España de la época, se configuran dos ideas paralelas que van calando en el subconsciente colectivo: Frente a la decadente y monolítica Castilla, que se coloca como esencia de lo español, se sitúan las Renaixencas, o lo que es lo mismo, el resurgir cultural y social de los nacionalismos periféricos: y por supuesto ante un enfermo de más de

trescientos años que al final del XIX parece terminal, no cabe más que la figura del cirujano de hierro de Costa de tan infeliz mención en la Historia de España.

Tal y como sucedía con la comparación con los realistas franceses, resulta curioso que la crisis de fin de siglo incuestionable en toda Europa, tuviera en España un resultado tan, admítanme la palabra: local. Observando las poesías del arrebatado Rimbaud, Mallarme, leyendo frases como las bravuconadas juveniles de Marinetti, y teniendo en cuenta la ola de entusiasmo con la que toda Europa recibió el estallido de la I Guerra Mundial, no resulta muy desencaminado pintar el panorama juvenil e intelectual del cruce de fin de siglos europeo cuando menos como de franco cuestionamiento de los valores tradicionales, e incluso yendo más allá y compartiendo las tesis de Stefan Zweig y Sebastián Haffner⁸, de pérdida de confianza en las democracias occidentales y sus valores.

En España esta evidente crisis se metamorfosea en nuestro tema por excelencia, y la pérdida de nuestras últimas y deficitarias colonias de Ultramar se presenta como el fin de nuestro devenir histórico, y deriva en una especie de catarsis colectiva que se presenta como el ahora o nunca de nuestro futuro como nación. Así que en el imaginario colectivo, intelectual e iconográfico de principios de siglo XX la imagen de los famélicos soldados y sus jirones de rayadillo fueron la metáfora de un país hundido, aun cuando la vuelta de los capitales indianos de ultramar provocaron a corto plazo el primer y único superávit de la economía española hasta ese momento: el famoso presupuesto de Fernández Villaverde de 1906.

Curiosamente, y en mi modesta opinión, el grupo de intelectuales que más había preconizado la modernización y europeización del país, fue desde un punto de vista intelectual el más localista, hundiendo el debate filosófico y la proyección intelectual del país en un debate exclusivamente nacional.

Teniendo en cuenta la fecha de defunción de los grandes maestros del 98', (Unamuno y Valle mueren en 1936, y Machado en 1939), y observando el gran protagonismo sociopolítico que junto con los llamados generación del 14 tuvieron, no es de extrañar que este bagaje siguiese vigente hasta bien entrados los años treinta. La Guerra Civil y el franquismo acabarían drásticamente con este debate, lógicamente ya no era preciso, la Decadencia había terminado y ya no era necesario regenerarnos y buscar las esencias de nuestra identidad. Por fin, nos habíamos encontrado a nosotros mismos a través de los patrones del nacionalcatolicismo inculcados a marcha martillo en las conciencias ciudadanas de posguerra.

Después de este somero repaso por lo que hemos denominado lugares comunes de nuestra literatura generadores de clichés cabe preguntarnos, si realmente son tópicos o enunciado de forma general: ¿Había razones históricas para hablar del problema español? La respuesta no puede ser más contundente: sí, pero al mismo tiempo la contundencia debe ir acompañada de algunos matices.

No es éste el momento de realizar época a época un recorrido histórico que lo confirme. Si volvemos la vista hacia atrás como hacíamos en las líneas anteriores, es evidente que el país ha presentado a lo largo de toda su historia, esos rasgos que podríamos considerar reflejos de la tan traída y llevada decadencia. Cuando Liñán y Verdugo en el siglo XVII escribe su *Guía de forasteros*⁹ para avisar de los distintos peligros que la Corte encerraba para los recién llegados, no se estaba inventan-

do una realidad. La obra se nutre de la interminable galería de pícaros, buscavidas y pillos que esperaban voraces a los pardillos aldeanos o extranjeros. Néstor Lujan en un curioso libro: *Vida cotidiana en la España del Siglo de Oro*¹⁰, elaboraba todo un censo de las múltiples especialidades a las que las prostitutas se podían dedicar. Así que no es de extrañar que la literatura se sustente y recree una base complemente real. Recordemos también, que el pícaro por excelencia del XVII, *el Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán es producto de las anotaciones del natural que su propio autor pudo tomar de su trabajo con presos a trabajos forzados en las minas de Almadén.

Ahora bien, el hecho de que la literatura se nutra de la realidad, aquí y en cualquier lugar del mundo, no quiere decir que ésta represente fielmente el devenir histórico de un país, y mucho menos convertirse en el todo y no en la parte. Curiosamente y realizando un anacronismo, hoy día también existen Guías publicadas por algunas embajadas, la de Japón sería un ejemplo, avisando, como ya hiciera Liñan, de esos peligros que acechan al extranjero en nuestro país. Y sin poder afirmar que son falsas, puesto que se basan en anecdotarios reales, nos cuesta vernos retratados en nuestro día a día y cotidianeidad en esos retratos amenazantes y accidentales.

Si nos centramos en la Generación de fin de siglo, aquella en la que cristaliza todo el imaginario de la decadencia, nadie puede dudar de que España fuera un país con evidentes problemas de atraso social, económico, político, cultural. El siglo se abre con el pintoresco y deprimente viaje de Alfonso XIII a las Hurdes, y esas impactantes imágenes sepia de retraso, marginación y penuria, nos parecen más terribles por cuanto se nos antojan representativas no sólo de un perdido pueblo extremeño, sino de toda una realidad nacional. Nadie que esté medianamente informado sobre la Historia de España puede dudar de este retraso, y de la preocupación razonable que los intelectuales finiseculares debían tener. Ahora bien, si me permiten el vulgarismo, ese “continuo mirarse el ombligo” sobre nuestros problemas y su origen, esa continua búsqueda intelectual distribuida en distintas direcciones: unos la total regeneración, otros el ansiado sanador, otros la catarsis colectiva...desenfocó quizás, y mostró una imagen movida de un país en vías de desarrollo, que en otros aspectos sociales, económicos y demográficos, estaba ofreciendo síntomas esperanzadores. Cómo entender por ejemplo la llegada de la República en 1931 sin tener en cuenta la recuperación demográfica que fue la base de esa juventud que protagonizó para bien y para mal los años treinta. Insisto en que no pretendo frivolar o quitar hierro a la compleja situación española de principios de siglo pero ¿Hasta qué punto fue efectivo para el país un machacón inconsciente intelectual que nos situaba constantemente como la anormalidad europea en vez de arrimar el hombro en aquellos aspectos en los que el país parecía emerger?

1.2 LA OTRA VISIÓN DEL ESPEJO: NOSOTROS VISTOS POR LOS DEMÁS.

Como ya escribí en el epígrafe anterior el otro vértice de nuestra imagen lo protagonizan los demás, esto es, el cliché creado por los extranjeros y que para ser justos se nutre de lo proporcionado por nosotros mismos, y que he explicado anteriormente. Dos serían por tanto, las fuentes en las que bebieron los extranjeros para configurar los estereotipos que nos han perseguido hasta bien entrada la contemporaneidad: Por un lado, la tradición literaria foránea que en gran medida bebe de la hispana, y dos, una indirecta que arranca de los múltiples viajeros que cruzaron España desde el siglo XVI.

En cuanto a la primera, algo ya hemos adelantado en el epígrafe anterior, pero ahondaremos en ella un poco más. Aunque tenemos constancia que ya desde el siglo XVII la tradición literaria española se conocía en ciertas élites europeas, recordemos a este respecto que es muy probable que Shakespeare conociera la inmortal obra de Cervantes, (al parecer un ejemplar del *Quijote*, se quemó en el incendio de El Globo), una vez más, el siglo XIX, es el crisol donde se fragua los principales tópicos difundidos y alimentados por la literatura extranjera, aunque deberíamos ser más precisos y centrarlos en esta fase en el Romanticismo. Después del velo de indiferencia que nuestra Ilustración había impuesto a nuestra época áurea, el vigoroso romanticismo europeo impulsado por los movimientos nacionalistas, centra su atención en este país que se les antoja exótico e inhóspito tal y como había sido retratado por los viajeros, y que sobre todo se les aparece en plena década veinte decimonónica como uno de los más claros paradigmas de la lucha entre las viejas fuerzas absolutistas que habían sido derrotadas en Francia treinta años antes, y un liberalismo luchador y romántico derrotado y humillado por los vaivenes anticonstitucionales de Fernando VII. A esta visión de estas dos fuerzas antagónicas colaboraron no poco nuestros intelectuales exiliados tras el ominoso regreso del Deseado. Así en la construcción de nuestro cliché cultural colaboraron en la misma medida que Dumas, los hermanos Schlegel o Merimé, los autóctonos Blanco White, Quintana y el mismo Espronceda.

Si esto era en la política, nuestra literatura no le podía ser más atractiva en su construcción exótica. ¿Cómo no le iba a ser atractivo al escritor romántico ávido de aventuras byronianas, un país que se había quedado fuera del Grand Tour, dominado ocho siglos por los árabes, y que además ofrecía en su tradición literaria toda una galería de lo que anteriormente hemos denominado antihéroes, pasiones alejadas del orden positivista? Algunos de estos tópicos fueron la estrella, el núcleo de nuestra imagen cultural. Así el viejo fantasma de la Leyenda Negra, se reescribe en una nueva versión que retoma alguno de los infundios divulgados por Orange. De esta manera, uno de los personajes claves del romanticismo europeo es el príncipe don Carlos. La patraña sobre los celos del rey Felipe y los amores del Príncipe con Isabel de Valois se convierte en una de las obras teatrales más leídas y difundidas de Shiller, inmortalizada en la inolvidable ópera *Don Carlo* de Verdi, pero que al mismo tiempo en los tiempos de la revolución industrial y la consolidación del liberalismo, nos dibuja como el país del exotismo y la fiereza inevitable teniendo

en cuenta nuestras taras históricas, aunque toda la historia de este fatal trío amoroso fuese absolutamente falso.

Existen multitud de estudios sobre la relación entre el romanticismo europeo y los estereotipos españoles. Más interesante desde nuestro punto de vista, es observar cómo estos clichés románticos se trasladan a épocas y autores ulteriores. Tal y como muestra Paul Preston en su magnífica obra: *Idealistas bajo las balas*¹¹, imágenes con similares distorsiones fueron las que trajeron muchos corresponsales de guerra en 1936, y no pocos autores de la Generación Perdida, cuyo caso más sobresaliente sería el de Hemingway que las cristaliza en su celeberrima *Por quién doblan las campanas*.

En cuanto a los patrones difundidos por los viajeros, el exhaustivo y clásico estudio de Mercadal¹², demuestra que gran parte de los viajeros repitieron los tópicos y los casos insólitos de unos a otros, como una especie de fuente inagotable condenada a repetirse. Uno de los casos más sobresalientes es el de la Condesa de D'alnouy que plagia muchas de las anécdotas recreadas por un viajero anterior: Braudel. Así, repite sin rubor la anécdota de las posadas, en la que un viajero en cuanto cruza los Pirineos es timado en ellas y obligado a pagar más por una habitación, sino quería ser despertado en mitad de la noche por incómodos compañeros de cuarto¹³. O aquélla otra narrada por Braudel y repetida hasta la saciedad, y que tenía por protagonista a los gatos madrileños. Según esta primera leyenda urbana, Madrid estaba lleno de gatos que se corrompían al sol sin que nadie los retirara, porque así se ensuciaba deliberadamente el cielo purísimo de la Sierra de Madrid, que tantas pulmonías mortales causaba. Lo más curioso es que tal medida higiénica fue promovida por algunos insignes médicos españoles con la aviesa intención de demostrar que la suciedad evidente del Madrid del XVII no era algo tan pernicioso.

Ni que decir tiene que la ingente literatura viajera, además de gran encanto, tiene gran valor histórico, pero volvemos a lo mismo expresado en el epígrafe de la literatura, desgranar la visión estereotipada del hecho histórico social, se nos antoja empresa imprescindible, y a veces imposible, pero fundamental para separar el grano de la paja, y no caer en esa idea que en el fondo fue gran parte del *leiv-motiv* de los viajeros y que consolidó la segunda de las frases más célebres con las que se ha caracterizado a nuestro país antes del *Spain in different*: Cosas de España.

1.3 A MODO DE BREVE CONCLUSIÓN...

Contestar a los interrogantes planteados en este breve trabajo es difícil, la historia nos aleja de las elucubraciones y las virtualidades, el único hecho objetivable es que en la terrible historia posterior de la que fuimos protagonistas, se superpusieron caóticos, descontextualizados y manipulados, muchos de los tópicos y falsas imágenes que aquí hemos analizado, y aunque no podemos culparlas de la desgracia ulterior que acaeció desde 1936, no es menos cierto que residieron en el inconsciente colectivo, que con mejor o peor intención, intentó interpretar o liberar al país de su *fatum*, si es que éste existió alguna vez.

2. BIBLIOGRAFÍA

- BENASSAR, Bartolomé. “El fin de la anomalía: el hispanismo hoy”. *Blanco y Negro cultural* 20/09/2003.
- BAUTISTA, Eduardo. “El valor de la cultura española en el exterior”, *Economía exterior* nº 29, 2004.
- COLODRON DENIS, V. “Una lengua simpática: tertulia sobre la imagen del español”. *Cuaderno de lengua*, nº 10.
- D’AULNOY, Condesa de. *Viaje por España*, Barcelona, Editorial Iberia, 1962.
- GARCÍA MERCADAL, José. *España vista por los extranjeros*, Madrid, Artes Gráficas 1962.
- JULIÁ, Santos. *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- LAMO DE ESPINOSA, Emilio. “La imagen exterior de España”, *Leviatán, Revista de Hechos e Ideas*, nº 66, p 538.
- LÉPORI DE PITHOD, María Estela. *La imagen de España en el siglo XVII: percepción y decadencia*. Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.
- LODARES, Ramón. *El porvenir del español*, Madrid, Taurus, 2004.
- MAURA GAMAZO, Gabriel. *Fantasías y realidades del viaje de la condesa D’aulnoy*, Madrid, Saturnino Calleja, 1943.
- NÚÑEZ, Florencio. *Sol y Sangre*, Madrid, Espasa Calpe, 2001.
- NOYA, Javier. *La imagen de España en el exterior. Estado de la cuestión*. Madrid. Real Instituto Elcano, 2002.
- NOYA, Javier. *La imagen exterior como política de Estado*, Real Instituto Elcano 2002.
- NOYA, Javier. *La marca España*, Real Instituto Elcano 2003.
- NOYA, Javier. *Luces y sombras de la acción cultural exterior*. Real Instituto Elcano 2003.
- PARKER, Alexander. *Los pícaros en la literatura: la novela picaresca en España y Europa*, Madrid, Gredos, 1975.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús. “Los fundamentos de la imagen romántica de España”, *Insula*, nº 635, p 12-13.

- 1 KAMEN, Henry. “Véase” *Del Imperio a la Decadencia. Los mitos que forjaron la España Moderna*. Madrid. Temas de Hoy. 2006.
- 2 TORTELLA, Gabriel. “Véase” *El desarrollo de la España Contemporánea*. Madrid. Alianza Universidad. 1994
- NADAL, Jordi. “Véase” *El fracaso de la Revolución Industrial en España*. Barcelona. Ariel. 1994
- 3 ÁLVAREZ JUNCO, José. “Véase” *Máter Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus 2004.
- 4 GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando. “Véase” *Los mitos de la Historia de España*. Madrid. Planeta 2004.
- 5 JULIÁ SANTOS. “Véase” *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2006.
- 6 MARAVALL, “Véase” *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid Taurus 1986.
- PARKER, “Véase” *Los pícaros en la literatura: la novela picaresca en España y Europa*.
- PUÉRTOLAS, Julio. “Véase” *Historia social de la literatura*, Barcelona, Akal, 1979.
- 7 SHAKESPEARE, William. *Macbeth, Acto Quinto*, pg 135. Barcelona, Planeta, 2006.
- 8 HAFFNER, Sebastián. “Véase” *Historia de un alemán*, Barcelona, Destino, 2003.
- ZWEIG Stefan. “Véase” *El mundo de ayer*, Barcelona, Acantilado, 2004.

- 9 LIÑÁN Y VERDUGO, Antonio. "Véase" *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*, Barcelona, Biblioteca Clásica Española, 1885
- 10 LUJÁN, Néstor. "Véase" *La vida cotidiana en el Siglo de Oro español*, Barcelona, Planeta, 1988.
- 11 PRESTON, Paul. "Véase" *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debate, 2007
- 12 GARCIA MERCADAL, José. "Véase" *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.
GARCIA MERCADAL, José. "Véase" *España vista por los extranjeros*, Madrid, Artes Gráficas, 1962.
- 13 CONDESA D'AULNOY. "Véase" *Viaje por España en 1679 y 1680*, Barcelona, Editorial Iberia, 1962